

PAISAJE Y MEMORIA LITERARIA

POR

ANTONIO BECERRA BOLAÑOS

RESUMEN

Este ensayo reflexiona sobre la representación del paisaje en dos periodos bien delimitados de la literatura canaria. Los textos literarios desde el siglo XVI hasta la primera mitad del siglo XX muestran el interés por los paisajes naturales y por la construcción de la identidad a través de los mitos; los textos literarios a partir del siglo XIX en adelante centran su atención en los objetos sencillos de la vida cotidiana como consecuencia del desarrollo urbano.

Palabras clave: Paisaje, memoria literaria, literatura canaria, tradición, identidad, mito.

ABSTRACT

This essay reflects on landscape representation in two well delimited periods of the Canary Islands Literature. Literary texts from 16th century up to the first half of 20th century show great interest for natural landscapes and for constructing identity based on myths; literary texts from 19th century onward focus their attention on ordinary objects of everyday life as a consequence of urban development.

Keywords: Landscape, Literary Memory, Canary Islands Literature, Tradition, Identity, Myth.

La manera en que la memoria se construye es sorprendente, por los mecanismos que operan en la narración de lo pasado cuando ésta tiene carácter oral; sobre todo porque es en ese momento cuando el narrador se convierte en protagonista de los sucesos que la historia escrita ha fijado y en la que sólo tienen cabida algunos nombres y bastantes datos. La memoria oral es

la que dota de sentido los lugares, porque dialoga con ellos y construye la realidad que, de alguna manera, es la que el visitante quiere llegar a conocer. Esa memoria, que está fundada en la comunidad, en su historia y en sus usos y costumbres, en la manera en que ha llegado a adaptarse al lugar donde habita, se hace patente en el paisaje. También podemos afirmar que la literatura, que se nutre de esa memoria, participa de la construcción del paisaje¹ y que, en ocasiones, como ocurrirá en Canarias, persigue cambiar la percepción que se tiene del lugar de manera palpable: lo intangible se convierte en tangible.

Hay dos tradiciones en la literatura canaria que, a mi juicio, han de ser tenidas en cuenta al respecto: la primera, que es en la que se fundan buena parte de los textos literarios desde el siglo XVI hasta la primera mitad del siglo XX, nos señala el interés por el paisaje natural y la construcción que en él se hace de la identidad a través del mito —como ocurre en Cairasco de Figueroa, Viana, Viera y Clavijo, Rafael Bento y Travieso, Graciliano Afonso y, corriendo en el tiempo, Tomás Morales, Alonso Quesada, Agustín Espinosa o Pedro García Cabrera, por citar a algunos de los más relevantes escritores insulares—: de esta tradición nos interesa subrayar, siquiera de pasada, la manera en que los lugares, a través de los textos de estos autores, van cargándose de sentimiento —Valbuena Prat, en los poetas grancanarios, decía que era del mar y, en los de Tenerife, de la tierra²—; es decir, cómo se convierten en lugares de los nombres —como denominó Rafael Bento y Travieso al bosque de Doramas³—, en tanto que sitios de tradición, donde los padres —los

¹ MARRERO HENRÍQUEZ, J.M. (2008): 10. Subraya las dificultades que plantea el término «paisaje», ya que va «más allá de la geografía y la topografía y de la representación de las formas, colores y sonidos de la naturaleza» y supone «penetrar, no sólo en el ámbito inexhaustible de la psicología de la percepción, sino también en todos aquellos dominios que afectan al paisaje como concepto de cultura: lugar de explotación comercial, sea agrícola, minera, petrolífera o pesquera, ensueño de personales fantasías, reflejo de la sabiduría divina, inspiración extática, salvaje amenaza, paraíso perdido, isla del tesoro, *locus amoenus*...».

² VALBUENA PRAT, Á. (2003): 28.

³ SÁNCHEZ ROBAYNA, A. (1992): 67 y ss., analiza la presencia de la selva de Doramas en la literatura canaria.

antepasados— habían habitado y, por tanto, debían ser considerados como parte del patrimonio, de la herencia que debía de ser transmitida de generación en generación. Es precisamente el mito de la Selva de Doramas uno de los más productivos de la literatura canaria, que llegará con la «Oda al Atlántico», de Tomás Morales, a su máxima expresión, y que había estado presente, de forma recurrente, en los poetas desde Cairasco, quien revive en el paisaje al héroe Doramas, muerto por los conquistadores y que vuelve a retomar la palabra tras beber la pócima de ciencia infusa que le ofrece Sabiduría en la *Comedia del Recibimiento*.

Esa necesidad de dotar de afectividad el paisaje habitado, de relieve, si se quiere, llegará a su máxima expresión a principios del siglo XX gracias a dos textos que son un elocuente ejemplo de la forma de aproximarse al paisaje insular. En ambos están presentes el visitante y el ser insular; me refiero a *De Fuerteventura a París y Lancelot 28° 7'*, de Miguel de Unamuno y Agustín Espinosa, respectivamente. Los dos libros se alimentan de la visión del visitante que se ofrece de las Islas desde el siglo XVIII—desde George Glas a Olivia Stone, pasando por Verneau— y encontramos, además, el eco de las palabras de Viera y Clavijo, quien en sus *Noticias de la Historia de Canarias* se refiere a cómo es «construido» el Archipiélago por los extranjeros.

Si emprendo tratar en este libro del conocimiento que de las Islas Canarias tuvieron los siglos remotos y de las gentes y diversas naciones que aportaron a ellas en todos tiempos, no es porque yo esté preocupado de ideas falsas en orden a la verdadera gloria de un país, ni porque crea que el haber sido incógnitas a los vivientes de la primera o de la mediana antigüedad sería desgracia que les pudiese rebajar alguna parte de su mérito; antes bien, entiendo que ellas debieron mucho a su primer estado de oscuridad y, después a la escasa luz que a veces arrojaban de sí. Las Islas Afortunadas quizá no merecieron de los hombres este epíteto, sino porque no las conocían, o porque sólo las conocían imperfectamente. En efecto, unas islas que quedaban más acá de las Columnas de Hércules y como fuera de los límites del antiguo mundo; unas islas que, como dice monsieur Rollin, se presentaban a los inteligentes colocadas casi en el último fondo del océano, entre el Occidente y el Mediodía; unas islas, en fin, poco frecuentadas o frecuentadas únicamente por

viajeros de carácter exagerativo y amantes de lo maravilloso no podían menos (como se dijo en otra parte) de infundir una brillante idea de sí mismas en el espíritu de las naciones europeas⁴.

Lo interesante del texto es que, aun cuando Viera señala las exageraciones que han sido transmitidas hasta su tiempo por los viajeros —y las censura por su carácter maravilloso—, no mostrará ningún reparo en hacer uso del mito dácilo de Antonio de Viana, al que da legitimidad como hecho histórico, para explicar el mestizaje entre el indígena y el conquistador, y en usar como fuente histórica a un poeta como Cairasco de Figueroa⁵.

Lo que nos proponen Unamuno y Espinosa es construir el paisaje desde la tradición, en la que lo afectivo cobra especial relevancia. De esa manera, el hombre establece el vínculo con el lugar que habita, con el que establece un diálogo enriquecedor. Tanto el viajero como el isleño encuentran motivos para habitar la Isla. Si Unamuno nos señala el espíritu esquelético de Fuerteventura, Espinosa nos habla de la inafectividad de Lanzarote; se hace necesario, pues, dotarlas de una mitología conductora: Fuerteventura se convierte así, en palabras de Unamuno, en el lugar donde el ingenioso hidalgo don Quijote puede emprender nuevas aventuras; Lanzarote será la última morada de Lancelot y todos aquellos sitios que no han logrado que el hombre se arraigue, hasta el momento de la enunciación poética de Espinosa, cobran significación. Así, como advierte el propio Espinosa, se convertirán en lugares dignos de ser visitados por los turistas, porque en ellos encontrará un espíritu, el reflejo de una cosmovisión única⁶. Allí hallarán lo que en ningún otro destino del mundo.

⁴ VIERA Y CLAVIJO, J. de (1982): I, 219.

⁵ *Ibíd.*, I, 9. «Ninguno de nuestros historiadores, aunque numeremos entre ellos a don Bartolomé Cairasco de Figueroa y a don Cristóbal Pérez del Cristo; aquel por los muchos y elegantes versos que compuso en elogio del clima canario, de sus ilustres conquistadores y de sus acciones prodigiosas, y este por su erudito tratado de las *Excelencias* de nuestras islas; ninguno de éstos, digo, tuvo noticia de la plausible historia francesa de Juan de Béthen-court el Grande y de sus heroicos compañeros que hicieron las conquistas de nuestras cuatro islas menores.»

⁶ ESPINOSA, A. (1988): 17-18. «Una arqueología integral de Lanzarote no olvidaría el sepulcro de Lancelot. Cuando la Sociedad Pro Turismo de Lan-

De ambas lecciones, consciente o inconscientemente, aprenden Néstor Martín Fernández de la Torre, que se nutrirá literariamente de Tomás Morales, y Néstor Álamo. Son ellos —y, más adelante, César Manrique, en Lanzarote— los que, de alguna manera, transformarán el paisaje y la memoria de la Isla. Néstor Martín Fernández de la Torre hace uso de diversas tradiciones para crear la tradición canaria, que se reflejará en el tipismo; Néstor Álamo, en la década de los cuarenta del siglo pasado, con los medios a su alcance, creará el gran mito de las Islas sobre la base del paso de Colón por las Islas en sus viajes al continente americano. Así surgen, en Las Palmas de Gran Canaria, el Pueblo Canario o la Casa de Colón, edificios que son producto de una mistificación por la que adquieren consistencia en la memoria insular. Hay en esa tarea un afán universalizador: lo local, resultado de un inventario, por tanto, simple enumeración, es objeto de una reflexión que dota de sentido su presencia en un contexto determinado. Con independencia de las razones que llevaron al por aquel entonces presidente del Cabildo grancanario, Matías Vega, a poner los medios necesarios para que Néstor Álamo llevara a cabo la creación de la Casa de Colón, en plena efervescencia de los regionalismos auspiciados por el régimen franquista en los años cuarenta, el hecho es que con ello se logró revertir el proceso de deterioro del histórico barrio de Vegueta. La famosa portada verde de la Casa de Colón, por ejemplo, obra del pintor Santiago Santana, se convierte en un lugar para la memoria, en una instantánea que el turista y el nativo comprenden como representativo del espíritu de un pueblo. Es la materialización del mito y cumple su función como modelo explicativo tanto para el propio como para el extraño,

zarote se dé cuenta de este imperativo turístico, edificará el sarcófago de Lancelot que señalarán con mayúscula las nuevas guías. Aparte la fea elección de escultor, sería ésta una bella lección de integralidad. Apuntadora de un cambio de ritmo en las guías futuras. Que haría más largas las rutas oceánicas. Que detendría unas horas los ojos caudales de los viajeros del Atlántico. En esas guías ya no habrá castillos de Carlos III, ni Cuevas de los Verdes, ni Montañas del Fuego. Sino castillos, laberintos y dragones de Lancelot. Juegos infantiles de la senectud lancelótica. Iguales a los del general con biznietos, que juega a la guerra, en su alcoba última de octogenario, con los soldados de plomo de sus descendientes postreros.»

ya que es asimilado por la comunidad, al ser incluido en su propio patrimonio sentimental, y acaba siendo, de alguna manera, objeto inventariable y, por tanto, digno de ser recordado por aquellos viajeros que quieren percibir de manera «auténtica» la Isla. En el fondo, la leyenda que sirve de excusa a Néstor Álamo para construir la Casa es verosímil y es ese carácter el que se impone en la memoria.

La otra tradición literaria insular que considero aquí está vinculada con lo cotidiano y supone, a mi juicio, otra encarnación de la memoria. En ella, los objetos cotidianos, que habitan los lugares conocidos, son dotados de carácter mítico y además visitados. Forman, asimismo, parte del paisaje, que va adquiriendo para los poetas un carácter íntimo que se refleja en su poesía. También, y lo apunto como hipótesis, es el reflejo del proceso de urbanización de la vida insular. El paisaje rural va cediendo su paso al paisaje urbano y el poeta ha de reflejar esa circunstancia, que está vinculado también con la edad. El objeto cotidiano nos permite recobrar la memoria de lo vivido, de los viajes realizados. De alguna forma es un recuerdo que nos acompaña y nos recuerda el camino recorrido.

Cuando pensamos en los objetos cotidianos, en Canarias, vinculados con la producción literaria, inmediatamente nos viene a la mente el nombre de Domingo Rivero, poeta de los enseres cotidianos: poemas como «La silla» o «A los muebles de mi cuarto» dan testimonio de ello. Sin embargo, el inicio de aquella tradición se remonta al siglo XIX, cuando surge una corriente memorialista iniciada con nombres como Álvarez Rixo o Domingo J. Navarro, por citar sólo a dos de los más conocidos, y que retomarán Néstor Álamo, Jordé o Simón Benítez Padilla en el siglo XX.

En el año 1848, Graciliano Afonso escribe el poema «Mi lámpara», que supone el inicio de una expresión novedosa por el tema en la literatura. Como antecedente, tenemos la «Oda a una urna griega», de Keats; sin embargo, en este el poeta inglés dialoga con un objeto que viene del pasado, mientras que el poeta canario entabla conversación con un elemento presente, con el que convive y que le sobrevivirá. La existencia de la lámpara sirve para constatar el viaje por la vida del poeta.

Pero aquí todo calla; sola brillas,
 lámpara compañera, dulce amiga,
 tu luz me ordena que tenaz persiga
 el áspero sendero de la gloria,
 y resuena al momento en mi memoria
 el eco de la alabanza
 y mi pecho se agita si no alcanza
 no morir del olvido en las orillas
 sin que la fama cante
 su nombre y hasta el cielo lo levante,
 tú ahuyentas de mis párpados el sueño,
 frío y calor desdeño,
 gloria, saber y triunfos inmortales
 me gritan sus reflejos celestiales.

La urna griega es símbolo de la belleza, monumento perdurable de la verdad; pero es un objeto que llega desde el pasado, que ha perdido su utilidad. La lámpara es el objeto cotidiano, la compañera del diario existir del poeta canario. Si la urna es testimonio del tránsito en el mundo de quienes habitaron su tiempo y presenta la verdad a quien la observa pasado ya tanto tiempo, a través del diálogo entablado con el objeto, el poeta dialoga con su propio ser. Habría que recordar aquí que los enseres cotidianos, como apuntara ya Heidegger —que observa el cuadro de los zapatos de labriego de Van Gogh⁷—, son los más auténticos, por ser los más cercanos. Son, en definitiva, los que hacen que seamos en el tránsito de la existencia. Cuando se muere, se deja atrás todo aquello en lo que se encuentra nuestra presencia; los objetos que definen nuestra presencia en el mundo, cargados de memoria. Así, la lámpara se aparece al poeta: los recuerdos en los que el objeto ha participado están en ella.

En ambos poemas se está haciendo patente una verdad, pero, mientras el poeta inglés descubre las huellas del pasado —la vida «vívica» por el objeto en el momento de los otros—, el poeta canario descubre las huellas de su pasado. En uno, la vida detenida; en otro, la vida contenida, que se acaba para el poeta. Cuando John Keats muera, la urna permanecerá, como cuando Graciliano Afonso muera, la lámpara —objeto destinado al uso cotidiano, como la urna, instrumental—. Pero, mientras para el primero el

⁷ HEIDEGGER, M. (1958/1992): 10.

objeto es en sí memoria absoluta del tiempo —el presenciado, vivido, y el re-creado—, para el segundo su memoria es la memoria propia; tras ella, sólo queda la muerte.

De igual manera, sucede con el poema «Al lecho», de Bartolomé Martínez de Escobar:

¡Lecho de paz y centro de delicias!
Tú de la infancia en blando movimiento
mecas feliz en maternal contento
del sueño de inocencia las primicias.

Tú al hombre laborioso le acaricias,
calmas de amor los perdidos desvelos,
conviertes en placer los hondos celos
y la grata ilusión das en albricias.

Formas de la ambición ecos de gloria
en breves horas descifrando mudo
del porvenir fugaz la grata historia;

y de ese lecho al despertar desnudo
un vértigo espantoso en la memoria
la tumba, y de la muerte el diente agudo.

La memoria se convierte en el nexo de unión con los objetos cotidianos. Podríamos continuar con otros ejemplos como el poema «A unas botas viejas», de Emiliano Martínez de Escobar⁸, que nos evoca al cuadro que Van Gogh pintara tres décadas después de la aparición del texto.

En todos estos casos, como ocurre con los poemas de Domingo Rivero, estamos ante poemas eróticos, eróticos en el sentido de que la relación que establecen con el objeto al que van dirigidos es íntima y, sobre todo, porque son producto de una evolución en la pasión amorosa, resultado de la madurez: si en un principio se canta al cuerpo del otro, ahora se escribe sobre el propio cuerpo, y como extensión del cuerpo, sobre los objetos que comparten el mismo espacio, que están íntimamente

⁸ El texto, firmado por «Blas», apareció en *El Porvenir de Canarias, revista de intereses materiales, de administración, instrucción pública, jurisprudencia y literatura*, n° 84, 10 de setiembre de 1853, pp. 164-165.

vinculados a la existencia propia⁹. En el fondo, se trata de realizar una afirmación de la vida, porque la vida está contenida en esos objetos que nos acompañan y la memoria es el único antídoto contra la muerte.

Las tradiciones literarias a las que me he referido brevemente persiguen el mismo fin: dotar de sentido al paisaje a través de la memoria, ya que ella es quien impide su desaparición. Y al dotarlo de sentido, adquirimos nosotros mismos sentido; nuestra afectividad se refleja en el paisaje en el que nos encontramos. Ese es el gran proyecto de los autores a los que nos hemos ido refiriendo. Se trata de un proyecto que va dirigido a una comunidad que tiene serios problemas de identidad. El escritor, como el memoria- lista, quiere convertirse, de alguna forma, en el verdadero motor de la sociedad y el modo de hacerlo es proponiendo modelos para que la comunidad pueda desarrollarse sin perder su vinculación con la tierra. Creo que muchos de los diálogos que sobre el paisaje se han entablado en estas décadas en las Islas no le han dado la suficiente importancia a este aspecto que considero crucial y que parten, como hemos visto, de una identidad que se nos antoja en ocasiones poco tenida en cuenta¹⁰.

⁹ RIVERO, D. (1998):16. «La poesía es un medio para completar —demos la expresión por correcta— el autoconocimiento, un modo de apresar el tiempo finito de una existencia que se sabe sumiéndose en la infinitud. La poesía se hace en el coexistir con las cosas cotidianas, de modo que vida y poesía coinciden de lleno.»

¹⁰ A continuación presento una brevísima selección de textos en los que se puede observar una evolución del diálogo del poeta con el paisaje desde el siglo XIX al XX.

APÉNDICE

RAFAEL BENTO Y TRAVIESO (1782-1831)

LA DESTRUCCIÓN DEL DORAMAS¹¹

¿Qué horribles ecos en los hondos valles
 van retumbando y con tropel confuso
 vienen a herir mi oído...?
 ¿De dónde los clamores funerales,
 el lúgubre alarido
 que anuncian a la patria inmensos males...?
 ¿Será la tempestad que Orión envía
 sobre las alas de Aquilón sonante,
 como en infausto día;
 o torrente que vuelve amenazante
 a levantar y destruir el suelo,
 y sepultarnos en el mar de Atlante...?¹²

No; que ominoso el cielo
 estragos aun mayores que la muerte,
 al pueblo en otro tiempo afortunado,
 lo destina por suerte.
 ¿No veis, patriotas, el furioso celo
 con que viles traidores acometen
 al templo sacrosanto, en que natura
 quiso ver adorada,

¹¹ VIERA Y CLAVIJO, J. de (1980): T. I: 207 y siguientes. Está situada esta célebre montaña de Doramas, llamada vulgarmente de Oramas, en el término de Teror, distante poco más de cuatro leguas de la ciudad de Las Palmas. Su extensión es casi de seis millas. Muéstrase allí la naturaleza en toda su simplicidad; pero nunca tan rica, tan risueña ni tan agradable. Esta parece su obra más exquisita por la diversidad y espesura de árboles robustos, siempre verdes, descollados, fértiles y frondosos, etc.

¹² Alusión a la tempestad acaecida en las Islas Canarias en los días 7 y 8 del mes de noviembre de 1826. El aluvión no hizo destrozos en el arbolado de la montaña de Doramas, pero arrancó con casi todos los terrenos cultivados en sus baldíos y destruyó la mayor parte de las propiedades inferiores, llevándose al mar hasta las señales de donde existieron. Los llantos y lamentos de las familias desgraciadas que quedan a perecer por la destrucción de este monte interesante, el rumor de las gentes empleadas en la tal y el ruido que forman los árboles en su caída, todo excita vivamente la sensibilidad en los corazones humanos y generosos. [n. del a.]

y hacer ostentación de su hermosura
 Helos cual trepan con la mano armada
 de la mordaz segur por la alta sierra
 no saciados sus ánimos atroces
 de destrucción y guerra,
 de enemistad y enojos;
 y como, más sedientos y feroces
 que tigres, a la presa acostumbrados,
 descienden, repartiendo en esperanza
 los ínclitos despojos
 que respeto del tiempo la pujanza...¹³

¡Salve, bosque sagrado,
 que en eterno verdor y lozanía
 al pueblo no envidioso, y envidiado,
 prosperidad y gloria y alegría,
 de siglo en siglo viérase triunfante
 de los viles que odian ser dichosos..!
 ¡Salud, sitios amenos, deleitosos,
 donde pasé las juveniles horas
 a par de mi Celina enamorada
 jugando en las aguas bullidoras;
 los favonios en torno me reían
 y las flores nacían
 debajo de su planta inmaculada
 a perfumar las plácidas auroras!

Viérase entonces a la sombra amiga
 del sacro bosque, revolver ligeras
 las palomas de Venus y en sus claras
 linfas bañarse: el agua con murmullos
 blandos las convidaba,
 el sol las regalaba
 con sus rayos benéficos y luego
 entre mansos arrullos
 volaran todas en alegre juego

¹³ Tan escandaloso es que se presentan tropas de paisanos armados de hachas y otros instrumentos a servir en esta guerra desastrosa para toda la provincia de Canarias, como ver que con nombre de baldío se haya violado la integridad de un monte que da maderas para la fábrica de casas en el día. *Hayas y laureles* de más de doce varas, *aceviños* de seis a siete, agrupados con infinidad de otros árboles, todos útiles y necesarios a los diversos usos de la vida y de la agricultura, no se han visto jamás en la clase de baldíos. Este engaño sacrílego será tan pernicioso a los pueblos como al Estado. [n. del a.]

al tronco de la haya gigantea
que mana miel hiblea
y guarda el fruto de su amante fuego.

El himno de alborada,
que al remontarse el sol sobre la cumbre,
en su carro de lumbre,
sonaba en la enramada,
¿qué voz será bastante
a describir...? El mirlo que se esconde
en la honda cañada,
embeleco los vientos
con sus quebrados, mágicos acentos;
mientras el capirote peregrino,¹⁴
segundo ruiseñor de la floresta,
anima con su cántico divino
de las aves sin fin la grande orquesta.

¿Y qué, patria de amores,
todo va a fenecer? ¿El gozo antiguo,
y la risueña calma y la inocencia
de aquellos campos, que pobló de flores
y árboles bellos con sublime magia
naturaleza en su poder grandioso?
Sí, que la escena hermosa
en que te vi, mi patria idolatrada,
entre abismos del mar desaparece
del díscolo interés al golpe rudo;
y en vano, en vano la fugaz memoria
ofrecerá a mi mente atormentada
de tu antiguo esplendor la grata historia.
¡Ah! ¿Por qué no engendráis, campos floridos,
fieras que despedacen las entrañas
de esas huestes de infames forajidos?

¡Oh! Vos, que habéis probado las delicias
de la virtud y en vuestras almos pechos

¹⁴ El capirote es un pájaro de la clase de gorrión, más pequeño que el ruiseñor y muy semejante a él en el plumaje y dulzura del canto. No se encuentran fuera de las Islas Canarias y por lo mismo son muy estimados en Europa y en América, donde viven poco tiempo a causa de lo destemplado de ambos climas en calor y frío. Los demás pájaros son comunes a otros países. Sin embargo, muchos de diversas familias se vienen de la vecina África a pasar aquí las primaveras y los más habían fijado su domicilio en la Montaña de Doramas. [n. del a.]

cual otro Dios tenéis a la fiel patria
altamente esculpida!
Mirad y ved a la infeliz *Canaria*,
miradla y vedla sin aliento y vida,
el seno maternal despedazado,
y los adornos de su sien deshechos
allá en los campos donde fue *Doramas*.
En su oído, a los plácidos acentos
del ave de su amor acostumbrado,
los hórridos clamores
retumban, con que viles agresores,
de oprobio y luto y lágrimas sedientos,
sin respetar el sacrosanto asilo
do la esperanza de cien siglos mora,
con rabia ciega y hacha asoladora
hienden las hayas, el laurel y el tilo:

patria infelice mía,
¿quién movió contra ti la detestada
guerra bárbara, impía,
que te torna, cual viuda desolada,
víctima de tormentos inmortales?
¿Quién las manos sacrílegas de hierro
guarneciera, y los pechos de rabioso
furor, contra las leyes eternas
de la justicia universal y eterna...?
La *ambición*, ella sola,
que hasta las ansias del postrer suspiro
se revuelven en la mente del mismo
y a fuer de furia sanguinosa, roe
su seno inmundo: a la ambición no hay freno;
por ella clava el hombre en las entrañas
del hombre el puñal bárbaro, y veneno
de áspid vomita contra él sus labios.

Si hay dioses en Olimpo, por aquellos
que castigan con mano inexorable
la ambición insaciable
y la torpe codicia
que regaron con lágrimas la tierra,
esos árboles bellos,
tiranos, respetad, que la justicia
os veda a vuestra patria hacer la guerra,
y a vosotros también, y vuestros hijos,
que de su sombra celestial privados

morirán entre males ¡ay! prolijos...¹⁵
 Ofendida natura, en cada uno
 de vos, verá su bárbaro enemigo,
 y contando a los siglos sus maldades,
 fueron todos impíos, destructores,
 dirá, no haya en Olimpo, no, deidades
 que cubran tantos crímenes y horrores.

¿Y sordos a su voz os despeñáis
 de precipicio en precipicio ciegos
 cual fogoso alazán que a la carrera
 roto el freno se lanza,
 el viento no le alcanza
 ni detenerle puede la barrera...?
 Talad y destruid, que en vuestra ruina
 obráis, perversos; caiga resonando
 la gala del verjel y todo sea
 incendio y destrucción, terror y espanto,
 afrenta y muerte. Que ninguno vea
 el abismo cubierto y despeñado
 en él se hunda con sus hijos todos,
 y no haya quien derrame tierno llanto
 en su pisar indigno, y voraz fuego
 torne en lava y ceniza
 todo monte y collado, ¡oh dios! por donde
 la planta destructora se desliza.

Huyan de allí las aves azoradas
 a regiones do tenga la natura
 trono más firme, adoración más pura,
 y nunca en las calladas
 horas, despierte su armonioso canto
 al insensible, que aumentando mira
 nuestra deshonra y sempiterno llanto.
 Retrocedan las fuentes a su origen,
 y las nubes se cierren despiadadas;
 tan sólo el rayo salga de su seno,
 el rayo vengador por do quiera
 vaya estallando y súbito consuma
 a los crueles que a su patria afligen,

¹⁵ Además del perjuicio general que ocasiona a la agricultura de toda esta provincia la destrucción de su hermosa arbolado, se resentirán principalmente de su falta los pueblos de Arucas y Moya de la Gran Canaria, que no podrán ejecutar los diferentes ramos de su industria por la escasez de leñas para el consumo y de maderas para la construcción. [n. del a.]

a los tiranos que su nombre ultrajen,
y viéndola espirar se regocijen.

¡Oh! Si mi planta trémula pudiera
llevarme al regio alcázar; donde el justo
Fernando pesa todos los destinos
de sus vasallos en la fiel balanza
de la eterna razón, y mi voz fuera
capaz, ¡patria afligida!,
de trasladar con rasgos diamantinos
a su alma augusta la horrorosa escena
que la tuya y mi pena
causa, ¡patria querida!,
vieras cómo triunfante del engaño
la angélica verdad resplandecía,
en bienandanza el daño,
y en placer el dolor se convertía...¹⁶

Sol, que en eternas llamas
esclareces al mundo; Hécate bella,
que del cielo descendes al Doramas
en la nocturna oscuridad; deidades
todas las que habitáis sus soledades,
oid, y mis clamores
propicias acoged. Si adverso hado
de este monte, que fuera el paraíso
del pueblo afortunado,
la ruina decretó ¡que el corvo arado
no huesos de héroes desentierre un día
sino sierpes que ahoguen al infame
que engaña, miente, triunfa y se gloria
de sus viles hazañas
y de la patria rompe las entrañas!¹⁷
Tal vez así de la ambición el fuego
no abrasará otros pechos de mortales;
tal vez *Canaria* vivirá en sosiego.

¹⁶ La tala se halla aún en sus principios y suspendiéndola pudiera ser útil en los tiempos venideros. Si al soberano se e desengañase del error a que se le ha hecho dar su sanción real, presentándole respetuosamente como cuerpo del delito, de los que le han engañado, un palo tan siquiera de los infinitos que ya se han cortado, era dable que S.M., como padre y tutor de sus pueblos, mandase reparar en cuanto fuese posible la ruina en que van a sepultarse los de su fiel provincia de Canarias. [n. del a.]

¹⁷ El excmo. Sr. D. Francisco Tomás Morales, comandante general de la provincia de Canarias. [n. del a.]

A LA SOMBRA DEL ERUDITO HISTORIADOR DE LAS CANARIAS
EN LOS CAMPOS ELÍSEOS

SONETO

La santa patria ya no puede, ¡oh Viera!,
sabio y digno escritor de sus anales,
tu sepulcro cubrir con inmortales
laureles, ¡ay dolor!, como quisiera.

Doramas transformado en una hoguera,
apenas dejará tristes señales
de lo que fue, pues hombres inmorales
han estrenado en él su ambición fiera.

Si allá do moras hay lugar al llanto,
acompañe tu musa el dolor mío
con nunca oído altivo y noble canto.
Pues jamás fuera tan sublime Clio,
como el grabar entre furor y espanto
en sus fastos el triunfo del impío.

GRACILIANO AFONSO (1775-1861)

MI LÁMPARA || AL SEÑOR DON JUAN EVANGELISTA DORESTE

*Mutato nomine de te fabula narratur*¹⁸

¡Oh tú!, mi solitaria compañera,
cuando la noche de fantasmas llena
reina callada en mi recinto umbrío;
¡lámpara!, que, serena,
con moribunda luz, el rostro añoso
bañas, acaso por la vez postrera,
mientras del sueño el plácido rocío
me aprisiona en los lazos del reposo,
que retrata la muerte;
si entonces torno a verte
el aura respirando de la vida
que el más profundo meditar convida,

¹⁸ Quid rides?/ Mutato nomine de te fabula narratur! (Horacio: *Sátiras*, libro I, sátira 1).

yo te saludo amiga y fiel candela,
de mi adormida sombra centinela.

¿No oyes la tempestad que airada brama,
y al genio del infierno que hondo clama
y el rayo en el abismo resonando
sangrientas, negras luces derramando?
Pálida de una nube huye a otra nube
la luna que al zenit medrosa sube,
ya tenebrosa, oscura radiando
al cielo encapotado penumbrando.

Pero aquí todo calla; sola brillas,
lámpara compañera, dulce amiga,
tu luz me ordena que tenaz persiga
el áspero sendero de la gloria,
y resuena al momento en mi memoria
el eco de la alabanza
y mi pecho se agita si no alcanza
no morir del olvido en las orillas
sin que la fama cante
su nombre y hasta el cielo lo levante,
tú ahuyentas de mis párpados el sueño,
frío y calor desdeño,
gloria, saber y triunfos inmortales
me gritan sus reflejos celestiales.

Y un rayo de tu luz iluminando
del vencedor romano el monumento
que marón levantó; veo llorando
a la infeliz dido; el puñal brilla
tinto en la sangre que el amor mancilla;
y el cisne del Danubio también llora
y allí también te vi, fama sonora,
que en su metro inmortal plañes su historia,
y Melpómene le ciñó de gloria:
y mi turbado espíritu reacio
admirado se humille a Metastasio.
una voz celestial se oyó al instante
que tu luz agitaba...
¡la tuya, heroica Todi!, que cantaba
tu inmortal *son regina e sono amante*¹⁹.

¹⁹ Luisa Todi, gran cantarina en la ópera *La Dido abandonada* de Metastasio. [N. del a.] Se trata de un verso de la Escena V, Acto I, *Dido abandonada* de Metastasio.

En un volcán se abrasa el pecho mío
 y de mi frente corre un sudor frío
 que el horror del olvido pavoroso
 oprime el corazón con cruel desmayo;
 mas luego lanza un luminoso rayo
 sobre la gloria del saber britano
 que envidia fuera al griego y al romano
 y veo las visiones halagüeñas
 del genio que domina la desgracia
 con poderosa fuerza y eficacia,
 y sublime avasalla al universo
 aterrado el perverso
 y humillando ciudades, toscas peñas
 y el desierto del tiempo; majestuoso
 monumento, a su gloria el más suntuoso
 ¡oh lauro de Albión! Shakespeare divino
 tu grandeza confunde mi destino.

¡Oh lámpara fatal!, muera tu lumbre,
 que la gloria no habita mi techumbre,
 oscuridad, tinieblas
 del olvido feroz las densas nieblas
 te rodean, ¡oh lámpara infelice!,
 y el horror de mi suerte te predice.

Pero, ¡cielos!, qué miro;
 ¿será que yo deliro?
 oigo, divina musa, el tierno ruego
 con que a la fama por Elisa bella
 mi dulce amor y mi luciente estrella
 el eco de su trompa pide luego
 para inmortalizar tanta belleza:
 pero aquella hermosura,
 su gracia y donosura,
 como luz que desmaya y va perdiendo
 su brillo, su destello oscureciendo
 la contempla el amor, triste pavesa,
 y gloria de horror acompañada
 será polvo inútil; miseria, nada.

Los hijos del saber también perecen
 y cual sombra fugaz se desvanecen:
 ¿do el gigante estará que al tiempo insano
 la corva hoz le arranque de la mano?

Lámpara sepulcral: ¿y tú no mueres?
Yo soy un insensato
cuando en pos de la gloria me arrebato;
humo de vanidad, vapor ligero,
que devora el sepulcro adusto y fiero
y lo sella el olvido
sin la esperanza de vivir perdido:
sí; lámpara infeliz, tú también mueres,
que sólo vive el Ser, rey de los seres.

EMILIANO MARTÍNEZ DE ESCOBAR (1831-1882)

A UNAS BOTAS VIEJAS.

Quedad para siempre adiós
¡botas mías desdichadas!
de aquese clavo colgadas,
como hermanitas las dos.

¡Oh! Cuántos recuerdos gratos
evocáis a mi memoria,
pues vosotras sois la historia
de unos amores ingratos.

Al ver vuestra desnudez,
vuestra miseria y quebranto,
podrá deducirse cuánto
padecerán hoy mis pies.

¿Dónde fueron vuestras palas?
¿Dó quedaron los tacones?
En oscuros callejones
y no en magníficas salas.

Cada punto que saltaba
un suspiro me arrancó,
y una lágrima costó
cada tapa que dejaba.
¿Dó el brillo está con que un día
lucisteis esplendorosas,
y a más de dos desdeñosas,
con vosotras encanté?

Bien sabe Dios cuántas noches
junto a mi candil sentado,

y de sudor inundado,
dándoos lustre pasé.

¿Recordáis cuando saltaron
aquella noche de marra,
seis cuerdas de la guitarra
y seis puntos de mis pies?

Cuando cantando a mi novia
asoma hermosa tirana...
me arrojó por la ventana
la mano del almirez?
Ocho cuartos me costó
comprar otra encordadura,
pero vuestra compostura,
¡ay! me costó mucho más.

Hoy triste ya os llevo en vano
en casa del zapatero,
me dice con rostro fiero,
«no sirven, amigo *Blas*.»

«Si quieres aun darte tono
alija la bolsa presto.»
Yo tuerzo el rostro, y con esto
se me parte el corazón.

Adiós quedad para siempre,
de mis amores historias,
trofeos de mis victorias,
testigos de mi pasión.

DOMINGO RIVERO (1852-1929)

A LOS MUEBLES DE MI CUARTO

Humildes muebles míos, gastados por el uso,
que a fuerza de servirme ya conocéis mi mano;
su sello mi existencia sobre vosotros puso,
y acaso de dejaros el día está cercano.

Sois toscos como ruda ha sido mi pobreza;
a nadie serviréis como me habéis servido,
y al veros casi inútiles aumenta mi tristeza
pensar en que os aguarda el polvo y el olvido.

Saldréis, cuando yo muera, del sitio en que estáis puestos
y quedará en silencio nuestra estancia vacía;
allí donde os coloquen habréis de ser molestos:
tal vez más que la muerte la indiferencia es fría.

En tiempos ya lejanos, que pesan en mis hombros,
cuando el hogar paterno se convirtió en escombros,
con mi trabajo os fui comprando año tras año
como pastor que forma paciente su rebaño.

Y al cabo del camino de mi existencia triste
sois todo lo que tengo, humildes cosas viejas;
y tú, pobre sillón, que el más costoso fuiste,
pareces el mastín que guarda las ovejas.

Cuando a buscarme llegue, con paso recatado
la muerte, como un lobo dispersará el ganado.
¿Qué haréis, pobres ovejas, sin el viejo pastor?
Donde la suerte os lleve, os faltará mi amor.

Y tú, viejo sillón, de mi tristeza amigo,
que crujes al sentarme, quejándote conmigo,
si a mí gruñirme sueles sabiendo que te quiero,
¿qué harás cuando al fin dejes de ser mi compañero?

Desvencijado y solo, acabará tu historia
en un lugar sombrío de la que fue mi casa.
quizá porque no muera del todo mi memoria
un clavo tuyo tire del traje del que pasa.

BIBLIOGRAFÍA

- ESPINOSA, A. (1988): *Lancelot*, 28° 7°. Tenerife, Interinsular Canaria, 28° 7°.
- HEIDEGGER, M. (1958/1992, 10ª reimpresión): *Arte y poesía*, traducción y prólogo de Samuel Ramos. México, Fondo de Cultura Económica.
- HORACIO (2000): *Sátiras. Epístolas. Arte Poética*, edición bilingüe y traducción de Horacio Silvestre. Madrid, Cátedra-Letras Universales.
- MARRERO HENRÍQUEZ, J. M. (2008): *El paisaje literario. Antología*, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Gobierno de Canarias.
- RIVERO, D. (1998): *En el dolor humano (Poesía completa)*, [ed. Eugenio Padorno]. Ayuntamiento de Arucas, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
- SÁNCHEZ ROBAYNA, A. (1992): «Cairasco de Figueroa y el mito de la Selva de Doramas», en *Estudios sobre Cairasco de Figueroa*. La Laguna, Real Sociedad Económica de Amigos del País, 67-132.
- VALBUENA PRAT, Á (2003): *Historia de la poesía canaria*. Ediciones Idea.
- VIERA Y CLAVIJO, J. de (1982): *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*. Introducción y notas de Alejandro Cioranescu, Goya Ediciones.